

BV2290

I4

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



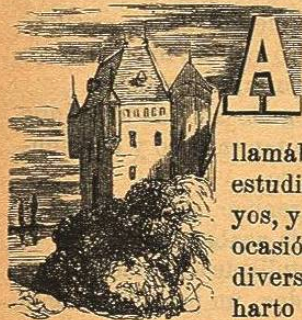
FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

2501.—AGUSTÍN AVRIAL, impr., San Bernardo, 92.



I

La iniquidad se desmiente á sí misma.



AQUEL amigo mío, Luis Gonzaga, á quien llamábamos *Gonzaguita* los estudiantes compañeros suyos, y de quien dije en otra ocasión (1) que tenía muy diversas ideas y, sobre todo, harto mejores costumbres que nosotros, acabó su carrera de abogado en el mismo año que yo; mas no volvió en Octubre á estudiar el Doctorado ni supimos nada de él en algunos meses. Un sacerdote joven, de mi pueblo, que vino á Madrid para asuntos de su ministerio y tuvo la desdicha de albergarse en la misma casa de huéspedes en que yo vivía—si aquello era vivir—nos dió la noti-

(1) Véase el folleto titulado *Las Ordenes religiosas*, de Febrero de 1895.

cia, para todos inesperada, y para la mayor parte de los que la oímos inconcebible, absurda... ¡Gonzagueta había ingresado de novicio en la Compañía de Jesús!, y hallábase gozosísimo en Granada, edificando á sus connovicios por sus virtudes y espíritu excelentes.

Creí yo que por consideración al forastero huésped, nada se diría contra mi amigo Luis, ni contra su vocación. Pero, tratándose de Jesuítas, no cabe en ciertas gentes consideración ni respeto. El Sr. de Tinieblas, aquel cursi filósofo librepensador, que salía de quicio cuando se le hablaba de cualquiera religión *positiva* (como decía él), procuró callar; mas su vieja antipatía hacia Gonzagueta, hízole decir:

—Gonzagueta ha llegado adonde tenía que llegar... Ese muchacho tan místico y escrupuloso no podía acabar bien.

—Pues yo creo —replicó serenamente el sacerdote— que no podía acabar mejor.

Había en aquella tertulia de sobremesa, además de los ya nombrados, un periodista de la *cáscara amarga*, un autor cómico del *género chico*, un abogado famélico, gran defensor de la masonería, que había sido seminarista y fué expulsado del seminario, y dos estudiantes medio tísicos que se pasaban la vida leyendo tomitos de ciertas *bibliotecas* de subido color...

Exasperados por la contradicción, y como si el sólo nombre de *Jesuíta* hubiera despertado en ellos todas las malas pasiones, discutieron y vociferaron acaloradamente... ¡Bendito Dios lo que dijeron!.. No hay crimen de que los

Jesuítas no fueran capaces... Hurtos, asesinatos, revoluciones, envenenamientos, regicidios... En sus obras se hallaba la apología de las infamias y errores más espantosos; su moral *estrecha y rígida*, no dejaba vivir á los que tenían la desgracia de hacerles caso. Eran servidores sumisos de toda tiranía, de todo despotismo, y enemigos jurados de las públicas libertades; gente *retrograda, obscurantista*, capaz, si pudiera, de volver á crear una horripilante Inquisición... Tenían en todas las clases sociales esclavos fidelísimos que les servían sin chistar, y eran dueños de riquezas fabulosas... Los Jesuítas, más que religiosos, eran industriales aprovechados y... ¡qué sé yo!... No faltó ni la ridícula tontería de afirmar que poseían ciertas líneas de ferrocarriles y... ¡¡¡todos los Cafés Suizos de España!!!

D. Juan, que así se llamaba el sacerdote, no quiso sin duda, é hizo bien, rebatir por entonces todas aquellas atrocidades é injurias... En pie ya para retirarse, se limitó á decir:

—Precisamente, en mi reciente viaje, hablé de esto mismo con ciertos conocidos míos... Eran personas muy distintas de Vds... Señores, al parecer, sesudos y de peso... políticos al uso, caciques de mi tierra, gente, como si dijéramos, grave y formal. Uno dijo que los Jesuítas, aisladamente, no eran malos, pero que el Instituto, la Compañía era una calamidad... Otro calificó á la moral jesuítica de *relajada y laxa*... (¿á dónde habrá ido á parar la rigidez que proclaman Vds.?)... y afirmó que los Je-

suftas eran conspiradores por temperamento y enemigos solapados de toda autoridad secular... Allí ya no se les llamaba industriales. Se les concedía que eran hombres de ciencia y letras, pero en extremo entrometidos y muy tolerantes *en todo*, con sus amigos y protectores... En suma, oí acusaciones más ó menos graves, que tengo olvidadas de puro sabidas... y que se hallan en completa y directa contradicción con las acusaciones por Vds. repetidas... Vds. verán si es posible ser á la vez blanco y negro, rígido y laxo, defensor y enemigo de unas mismas cosas... Yo de mí, sé decir que cuando recuerdo y comparo tan opuestas declaraciones, fallo el proceso repitiendo aquellas palabras que, si oyeran Vds. sermones, alguna vez habrían oído: *Mentita est iniquitas sibi*: «la iniquidad se desmiente á sí misma.»

## II

## Testigos de cargo.

Hablando luego á solas con mi amigo don Juan, á quien quise desagraciar como mejor pude del mal rato que le habían hecho pasar nuestros tolerantísimos compañeros, me decía:

—Imposible parecería, si no supiéramos cuánto ciegan las preocupaciones sectarias, que no ya personas instruídas, sino gente que tenga siquiera sentido común, sea capaz de proferir disparates y absurdos como los que acabamos

de oír... Tales atrocidades no merecen siquiera los honores de la refutación... Sociedades tan inicuas como la que pintan esos desdichados no pueden subsistir, ni aun entre salvajes. Es humanamente imposible que hubiera millares de hombres infames, en todas las naciones civilizadas, que se alistasen en una corporación de esa índole y que perseverasen allí; y que en tantos años, nadie, ni aun los mismos individuos que, después de pertenecer á la Compañía, salieron de ella, hayan descubierto y probado secretos tan horribos...

Porque ninguna, amigo mío, ninguna de las acusaciones contra la invicta y gloriosísima Compañía de Jesús ha sido jamás probada...; como dice un célebre autor (1), «nunca han conseguido los Jesuítas, en sus persecuciones y expulsiones, que se les formase proceso, como lo pedían con vivo interés... ¿Dónde están las acusaciones y pruebas de sus delitos?... En libros de herejes ó incrédulos, siempre en escritos condenados por la Iglesia. Gioberti, recopilando todo cuanto habían dicho hasta nuestros días los enemigos de la Compañía, dejó; en cinco grandes tomos, la repetición, corregida y aumentada, de los escritos condenados de Port-Royal, quitando para siempre á los impíos del porvenir la esperanza de decir algo nuevo.»

En los escaparates de ciertas librerías habrá V. visto un librito llamado *Mónita Secreta* de

(1) P. SEGUNDO FRANCO: *Respuestas populares...*

los Jesuitas... Pues no es más que una ficción de un hereje polaco, reconocida hace más de dos siglos como obra atribuída calumniosamente á la Compañía...

Otros libelos hallará V. por ahí, tal vez de impíos españoles, que no para honra suya, pero sí de España, van siempre atados al yugo de los herejes extranjeros, y repiten de coro lo que éstos propalan... Hasta podría V. ver textos, al parecer copiados de obras de Jesuitas, con indicación de autor, tomo y páginas, para demostrar que estos han enseñado ó defendido alguna pésima doctrina... Todos estas citas, son como la de aquel que, empezando á decir el *Credo* por las palabras *Poncio Pilatos*, pretendía aplicar á éste lo que sólo conviene á la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo... Suprimiendo algo de lo que precede ó sigue á lo que se copia, es facilísimo atribuir á cualquier autor enormes desatinos...

—Bien está—dije yo.—Pero lo que más me extraña es el ver cómo el odio que algunos sienten y manifiestan hacia la Iglesia, el Clero, las Ordenes religiosas en general, se desata, crece, llega hasta la locura cuando se trata de Jesuitas...

—Ese odio implacable—respondió D. Juan—no es más que la protesta violenta contra el buen éxito con que Dios suele premiar las obras y trabajos de la Compañía de Jesús. La amplitud y diversidad de estos trabajos, en que por ley de su instituto se ocupan los Jesuitas, abarcando la predicación, la enseñanza, y todos

los ministerios espirituales para con el prójimo, los puso y pone en frente de todos los errores y vicios de los tres últimos siglos. Y, al pelear contra ellos, valerosamente, sin tregua ni descanso, con vigor y acierto extraordinarios, se halla á su vez la Compañía de Jesús, por dicha suya, combatida por enemigos de todas clases.

Comenzaron en el siglo xvi por ser martillo de protestantes; y los herejes de esta casta los persiguieron á sangre y fuego... Calvino escribió que *los Jesuitas, que se oponen en extremo á nuestras doctrinas, deben ser muertos ú oprimidos con calumnias.*» Y así, Isabel de Inglaterra mandaba martirizarlos; ahorcábanlos en Francia los hugonotes; y, por mar y tierra, los exterminaban los holandeses.

Disfrazada con apariencias piadosas surgió luego la secta jansenista, que con pretexto de honrar y venerar la Sagrada Eucaristía y de promover la perfección y purificación de los fieles, los apartaba de Dios y de los Sacramentos, causando así terribles extragos. Y como los Jesuitas se opusieron á tan dañoso error, recordando que los Sacramentos habían sido instituidos para hombres y no para ángeles, los jansenistas persiguieron á la Compañía con saña cruel; y de ellos, de sus jefes y secuaces, de los Arnaud, Nicole, Pascal, etc, partieron las atroces calumnias, después mil veces repetidas, contra los Jesuitas.

Oponiéndose luego á las funestísimas doctrinas de los parlamentarios y regalistas, excitaron la ira de príncipes y magnates; y, con

los Febronios, Tannucci, Aranda y otros vinieron sobre los Jesuítas durísimas persecuciones, encarcelamientos y destierros.

Pues ¿y los filósofos enciclopedistas, aquellos inicuos sectarios, enemigos jurados de Cristo y de su Iglesia?... Con artes infernales, por todos los medios posibles, procuraron el exterminio de la Compañía de Jesús; y, en fin, vea V. quiénes han sido y son, en tiempos más modernos, los detractores de la Compañía, y hallará siempre impíos, revolucionarios, partidarios de ideas irreligiosas é inmorales; ó bien hombres disolutos que aborrecen por instinto á quien se opone con buen éxito al logro de sus deseos, ó envidiosos á quienes ofende todo lo que brilla en virtud ó saber; y el numeroso coro de gentes frívolas, indiferentes, incapaces de pensar en nada serio que no les ofrezca algún cebo material; y los que repiten, sin saber por qué, lo que oyen contra los institutos religiosos, cuyo espíritu y fines ni por asomos conocen... Ni faltará tal vez—porque en este mundo hay ejemplos de todo—algún sacerdote contrario á los Jesuítas; mas, como nota cierto autor, será seguramente, ó de aquellos sacerdotes que siempre tienen algún asunto que arreglar en la curia episcopal, ó de los que, para adquirir alguna reputación, prefieren criticar los méritos ajenos á acrecentar los propios... Y por último, si acaso ve V., aun entre las señoras, alguna murmuradora de los Jesuítas, verá V. también que no pertenece á la benemérita clase de damas ejemplares,

piadosas y cristianas moralizadoras del hogar doméstico, sino á la falange, por fortuna en España no muy nutrida, de aquellas cuya vida y costumbres se halla en armonía con *el progreso del siglo...*

De todo esto deducirá V. cómo puede hallarse explicación de las contradicciones que antes le hice notar, entre las acusaciones formuladas. Al defender y proclamar los Jesuítas, en cada ocasión, las verdades opuestas á los errores imperantes, atacaron cosas distintas y aun contrarias entre sí; y alcanzaron, por lo tanto, calificaciones harto diferentes.

Los despóticos regalistas y adoradores del *Dios-Estado*, acusaban de revolucionarios á los Jesuítas, porque éstos les recordaron cuáles son los verdaderos límites de la autoridad secular... En cambio, cuando la revolución destruía el principio de autoridad, los Jesuítas proclamaban los deberes de la obediencia, y pasaban por defensores de la tiranía...

Para los falsamente devotos jansenistas, era laxa y relajada la moral de la Compañía... Para los que viven llamándose buenos católicos... y no practicando lo que la ley cristiana ordena, esa misma moral es rígida, intolerable y escrupulosa... Y así, por este orden, se pueden rastrear y descubrir las causas de tanta y tan enorme diversidad de acusaciones.

## La Compañía de amor.

V. por lo visto — dije á D. Juan — conoce perfectamente á la Compañía de Jesús.

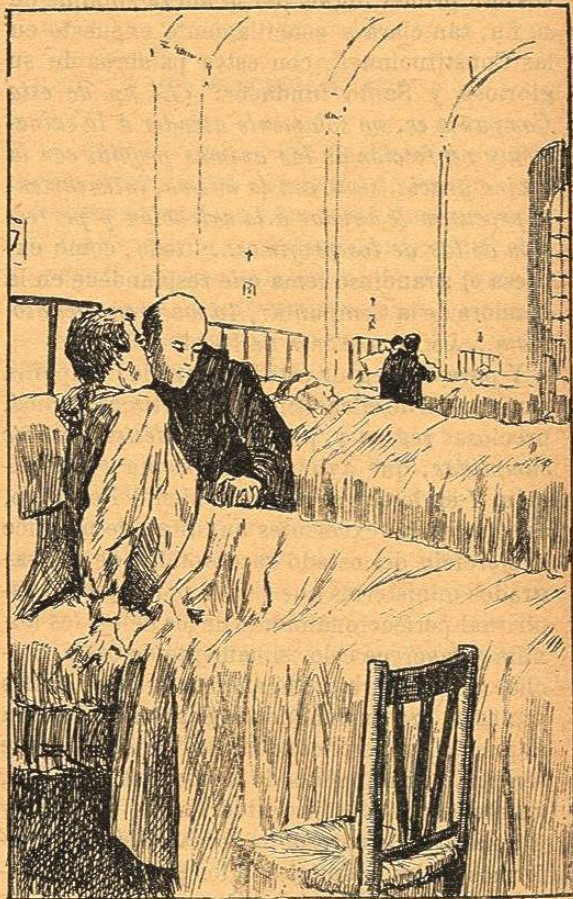
—La conozco tan bien como á mi propia familia. En uno de sus Colegios me eduqué. Tengo dos hermanos profesos en ella. Yo mismo he sido novicio en la Compañía... Y á estas horas sería, Dios mediante, Jesuíta, si no hubiera querido el Señor enviarme esta enfermedad— (y señalaba al pecho)— que probablemente me llevará al sepulcro...

Si me curase y me admitieran, allá volvería... Entre tanto—añadió sonriéndose—soy, si no de hecho, en espíritu y en deseo, uno de esos *monstruos* tan temibles y horrendos... El tipo *clásico* no me falta. Yo pertenecería al género de esos Jesuítas de novela, flacos, extenuados, angulosos, de pálido color, mirada escrutadora, velada por el cristal de las gafas, nariz aguileña de ave de rapiña, labios sutiles y apretados, manos que parecen garras, etc., etc. Yo le presentaría á V. otros Jesuítas robustos, metiditos en carnes, con cara de inocentes y mirar candoroso... Pero éstos, según ciertos pintores, deben de ser jesuítas apócrifos, ó cuando menos, que se empeñan en engrosar y hermosearse para no ser conocidos...

Mas prescindiendo de bromas... Enamorá-

bame la Compañía de Jesús por muchos motivos. En primer lugar, por la alteza sublime de su fin, tan clara y sencillamente expuesto en las Constituciones, con estas palabras de su glorioso y Santo fundador: «*El fin de esta Compañía es, no solamente atender á la salvación y perfección de las ánimas propias con la divina gracia, sino, con la misma, intensamente procurar de ayudar á la salvación y perfección de las de los prójimos...*» todo, como expresa el grandioso lema que resplandece en la bandera de la Compañía: *¡Ad majorem Dei gloriam...* Á MAYOR GLORIA DE DIOS!

Y para conseguir este fin, tiene la Compañía rico caudal de eficacísimos y oportunos medios, preciosas reglas y prácticas, *fidelsísimamente cumplidas*, que ayudan á la propia santificación. Y en lo que se refiere al bien del prójimo, además de los excelentes auxilios que produce el ejercicio del estado sacerdotal y de los sagrados ministerios que tienen por objeto el espiritual perfeccionamiento de los fieles, los auxilia y favorece celosísimamente de otros muchos modos: «ora predicando en iglesias, calles y plazas, ora explanando la Sagrada Escritura al pueblo, ya explicando á los niños y gente sencilla los rudimentos de la Doctrina cristiana, ya platicando á la juventud en las escuelas y gimnasios, á los presos en las cárceles, á los enfermos en los hospitales, á los pobres y menesterosos en las porterías de las casas y colegios, ya, finalmente, procurando ayudar á todo el mundo por medio de pías conversaciones...»



Padres de la Compañía asistiendo á enfermos del cólera.

Añádase á esto, «el incomparable y utilísimo ministerio de dar los Ejercicios tan propio y peculiar de esta religión; el fundar y erigir Congregaciones para utilidad espiritual de toda clase de personas, pero principalmente para la juventud; el asistir y consolar á los enfermos y moribundos, ayudándolos á bien morir; y el ir á las misiones de Ultramar para la conversión de los infieles, con todos los trabajos y fatigas necesarios para reducirlos á vida culta y civilizada, bajo la sombra y amparo de nuestra Madre la Iglesia católica... ministerio este tan predilecto de la Compañía, que se obligan con solemne voto los profesos á obedecer al Sumo Pontífice, emprendiendo cualesquiera viajes, á pie y mendigando si es menester, para acudir á la misión que el Vicario de Cristo les señalare.» Todo esto y «la disposición y modo de ser que tiene la Compañía de Jesús, que es, en todas sus partes una obra maestra de prudencia y sabiduría más divina que humana..., la variedad de grados, tan á propósito para el fin que se pretende, la manera de gobierno, no menos paternal que eficaz, los tres años de probación, los votos simples del bienio, el cuarto voto de los profesos, el de no pretender ni aceptar dignidades, la pobreza de las casas profesas y otras muchas cosas particulares que tiene la Compañía» (1), me atraían y enamoraban, como ya he dicho.

(1) P. FEDERICO CERVÓS: *Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús.*

Después, en el Noviciado, donde por supuesto no hay ni rastro de esas ridículas y necias pruebas de que hablan los que se entretienen en escribir tonterías sobre la Compañía de Jesús, sólo se ven prácticas é instrucciones piadosas, ejercicios de humildad, caridad y obediencia, todo lo que puede contribuir suave y amorosamente á que los Superiores conozcan las inclinaciones y talentos de los novicios, y á que estos prueben la Religión y echen los cimientos de la perfección evangélica.

Y no quiero hablarle á V. ahora, porque la materia exige más larga plática, de los profundos y bien ordenados estudios que llevan á cabo los estudiantes de la Compañía, con arreglo á un plan y método admirables, ni del acabadísimo y perfecto *Ratio Studiorum*, código que resume con grande orden y precisión cuanto es preciso saber para la más esmerada educación de la juventud...

Y, por último, querido amigo, si hubiera V. visto como yo de cerca, íntimamente, una casa cualquiera de la Compañía de Jesús, comprendería V. la razón del entusiasmo con que hablo de ella... Reinan allí orden, paz y armonía ejemplares y continuos; como que la gran máquina se mueve á impulso de una fuerza que no se agota ni entorpece jamás, sencillamente mencionada en la primera regla del sumario: «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe é imprime en los corazones más que ninguna exterior constitución ha de ayudar para esto...»

Un célebre impío, aún más perverso que célebre, dijo que los Jesuitas «se reúnen sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse...» Lo primero es una necia perogrullada, porque claro es que en todas las corporaciones los individuos que se reúnen no suelen conocerse antes de reunirse... Lo demás es una vil mentira, que fácilmente comprueba cualquiera que conozca un poco á la Compañía y haya observado «la intimidad, la concordia, la alegre expansión que reinan entre los dichosos hijos de Ignacio... Franceses y españoles, italianos y flamencos, alemanes, ingleses, portugueses y suizos, viven bajo un mismo techo como hijos de un mismo padre, hermanados y unidos con el lazo de la misma fina caridad. Allí no hay más que unos intereses: los de Cristo... Allí no hay más que una ambición: la de salvar almas... Las prosperidades de cada uno, son las prosperidades de todos, y los contratiempos de cada miembro los siente todo el cuerpo...» (1).

Sí; los Jesuitas se aman entrañablemente; aman al prójimo, no con el moderno y pernicioso espíritu de tolerancia y acomodamiento con el error, sino cristiana y santamente... San Ignacio y sus hijos supieron y saben muy bien que el *hacerse todo á todos* de San Pablo, es con el fin de ganarlos á todos *para Cristo*, no para perderse con los que de Cristo se apartan.

Por ese amor, por ese espíritu de suave y

(1) P. Cervós, Ob. cit.



compasiva caridad, y ese orden, armonía y unión, mereció la Compañía de Jesús que San Juan Berchmans y San Francisco Javier justamente la llamasen *Compañía de amor*... ¡Dichosos los que en ella logran vivir y morir!

## IV

## Testigos de defensa.

Al siguiente día, D. Juan entró en mi cuarto con unos papeles en la mano.

—Ya que ayer hablamos—me dijo—de los *testigos de cargo* contra la Compañía de Jesús, no estará de más que oiga V. á los testigos de defensa... Aquí tiene V. copia de un escrito mío que en otra ocasión dejé á un compañero, párroco de esta corte... De su casa la traigo para que V. la lea... No es más que un compendio, tomado de diversas obras que contienen juicios acerca de los Jesuitas... Leámosle juntos, por si se le ocurre á V. alguna observación.

Vea V., ante todo, y no están agotados aquí, varios dictámenes de los Pontífices que han regido la Cátedra de San Pedro, desde Paulo III, que fundó con su aprobación la Compañía... Y note cómo en bulas, breves y constituciones, siempre la Santa Sede encomió, aprobó y defendió á la Compañía de Jesús con repetidos y constantes elogios...

Tomé los pliegos manuscritos que más adelante copié para conservarlos, y leí:

«Paulo III califica á los Jesuitas de hombres movidos por el espíritu de Dios para consagrarse á Jesucristo en la predicación de la divina palabra, en el servicio de los enfermos y en la educación de la juventud... Son el campo fértil que con la doctrina y el ejemplo multiplica cada vez más sus frutos (Bula *Reg. licet.*)

»Julio III los llama hijos suyos queridísimos, que, apartándose de las vanidades del siglo, sirven al Señor humildemente y trabajan con celo ardentísimo, unido al saber y buen ejemplo... (Bula *Sacrae Religionis.*)

»Marcelo II pidió á San Ignacio dos Padres de la Compañía para confiarles el examen, discusión y resolución de las más graves materias del servicio divino...; y le dijo al Santo fundador: «Procurad Vos reunir gente, que á Nos tocará emplearla.» (Bartoli: *Historia de Italia.*)

»Paulo IV apreciaba en extremo á la Compañía, y decía que esta familia religiosa, nacida de humildes principios, había crecido cada día más ilustre y fecunda, sin desmayar bajo el peso de inúmeros trabajos. (Brumato: *Historia de Paulo IV.*)

»Pío IV afirma que se ve estimulado á conceder á los Jesuitas favores especiales, porque así como ostentan el nombre de Jesús, así con sus obras, palabras y ejemplos procuran imitarle (Breve *Etsi ex debito.*) Y en otro breve, dirigido al emperador Maximiliano, dice que á los Jesuitas los calumnian por envidia del bien que hacen, pero que salen de las acusaciones más gloriosos que antes.